

Primera parte

Grace

Prólogo

Diciembre de 1307

Francia

Las paredes de piedra de la cámara secreta subterránea estaban heladas y húmedas, y el frío atravesaba la lana, el hilo y el cuero y calaba hasta los huesos. La única iluminación provenía de dos humeantes antorchas que apenas calentaban. Sin embargo, los dos hombres iluminados por las llamas ignoraron el frío porque aquella incomodidad era un detalle sin importancia.

El primero estaba de pie y el otro se hallaba arrodillado ante él en una posición que habría parecido de sumisión si no fuera porque aquella orgullosa cabeza y esos amplios hombros no conocían dicha actitud. El hombre que estaba de pie parecía frágil en comparación con la vitalidad del otro y, de hecho, la cabeza del que estaba arrodillado quedaba a la altura del pecho del que estaba de pie. Valcour era frágil en comparación con el guerrero que había sido, y con el hombre que tenía arrodillado ante él, pero la edad y la desesperanza le habían pasado factura. Tenía cincuenta y un años, y ya había dejado atrás la edad del vigor. Tenía el pelo y la barba más grises que marrones y el rostro arrugado por todo lo que había vivido. Había llegado la hora de traspasar la responsabilidad y el deber que habían sido suyos todos esos años. Se dijo que, con aquel joven león, estarían a salvo. No había un guerrero mejor en la Orden, que era lo mismo que

decir que no había un guerrero mejor en toda la cristiandad, porque eran, y habían sido, una hermandad de guerreros, los mejores entre los mejores, la flor y nata de los campos de batalla y los torneos de Europa.

Ni más ni menos.

Hacia dos meses, el 13 de octubre de 1307 d.C., fecha que permanecería en los anales de la historia como un día de oscuridad, el rey Felipe IV de Francia y su perro faldero, el papa Clemente V, habían cedido a su avaricia y, con un solo golpe, hicieron efectiva la destrucción de la mayor orden militar que jamás ha existido: los Caballeros del Templo. Algunos hermanos habían huido, pero otros habían muerto de forma horrible, y llegarían más muertes porque los capturados se negaban a abjurar sus creencias.

El Gran Maestre había recibido una pequeña advertencia y usó el poco tiempo de que disponía para garantizar la seguridad del Tesoro en lugar de la suya propia. Quizá Jacques de Molay ya percibía que se acercaba una catástrofe porque ya le había dicho a Valcour varias veces que tenían que mantener su gran flota de barcos lejos de las manos de Felipe, pero, por encima de sus preocupaciones y las del gran guerrero Geoffroy de Charnay, estaba la seguridad del Tesoro. Después de largas horas de consideración, eligieron al Guardián: el auténtico y temible guerrero Niall de Escocia. Lo habían elegido cuidadosamente no sólo por su habilidad con la espada, que no tenía rival, sino también por la protección que venía adherente en su nombre. El Tesoro estaría a salvo en Escocia.

El Gran Maestre no estaba seguro de si la elección había sido la correcta, a pesar de las conexiones de Niall. Había algo indómito y despiadado en ese escocés, no obstante la inquebrantable lealtad hacia Dios y la Hermandad que había demostrado y los juramentos que había hecho hacia ambas entidades. El Gran Maestre estaba convencido de que algunos de esos juramentos los había hecho a regañadientes, especialmente el de castidad. A Niall lo habían obligado a entrar en la Hermandad porque, lógicamente, un monje jamás podría ser rey; un rey debía poder tener hijos, porque los reinos se levantaban en base a la continuidad. Su ilegitimidad habría sido una

barrera infranqueable, pero, ya de joven, Niall era alto y orgulloso, inteligente, astuto, despiadado y un líder nato; es decir, tenía todas las características de un gran soberano. Las opciones eran sencillas: matarlo o impedirle que pudiera ser rey. Su padre y hermanastro lo querían mucho, así que no quedó otra opción. El joven sería un siervo de Dios.

Fue un golpe maestro. Si Niall renunciaba a sus votos con el Templo, tampoco podría ser un candidato a la corona, porque dicho gesto lo deshonoraría. No, poner al joven Niall bajo la protección del Templo le había salvado la vida y lo había apartado del trono escocés.

No obstante, si Niall no servía para la vida de monje, era perfecto para la de guerrero. Había convertido su concupiscencia por la carne femenina en fiereza en el campo de batalla y, aunque a veces había mirado más de la cuenta lo que le estaba prohibido, a ojos del Gran Maestre jamás había roto sus votos. Era un hombre de palabra.

Eso, y su habilidad con la espada, había sido lo que finalmente había convencido a De Charnay para escoger a Niall como el próximo Guardián y, aunque el Gran Maestre era el líder de la Orden, De Charnay era el caballero más poderoso. Además, durante muchos años había cargado con la responsabilidad de proteger el Tesoro, y su palabra era la última. Su elección era Niall de Escocia, y Valcour no podía estar más de acuerdo. El escocés protegería el Tesoro con su vida.

—Acéptalos —susurró Valcour a la cabeza oscura que tenía delante, mientras percibía la rabia del joven que tenía ante sí y no sabía cómo calmarla—. Pase lo que pase, el Tesoro jamás debe caer en manos ajenas. La Hermandad se ha dedicado a la protección de nuestro Dios y sus seguidores, y no debemos faltar a nuestro deber.

Niall tenía las rodillas apoyadas en la fría piedra del suelo, pero apenas notaba el frío. Su grueso pelo negro, corto como mandaban las leyes de la Orden, estaba empapado de sudor a pesar del ambiente gélido de la cámara subterránea. Su cuerpo desprendía calor. Levantó la cabeza muy despacio, con la mirada desnuda y tan oscura como la noche, cargada de amargura.

—¿Incluso ahora? —preguntó, con la amargura de la traición en su profunda voz.

Valcour dibujó una pequeña sonrisa.

—Sobre todo ahora. Servimos a Dios, no a Roma. A mi parecer, el Santo Padre ha olvidado que hay una diferencia.

—Pues debería entenderlo sin problemas —espetó Niall—. Él no sirve a Dios. Se dedica a lamer el culo de Felipe cada vez que puede.

Su oscura mirada se paseó por la colección de objetos que habían sacado del Templo de Jerusalén hacía más de un siglo. Los observó y la rabia se le acumuló en la boca del estómago. Buenos hombres habían sufrido muertes horribles para proteger esas... cosas. El rey de Francia y el Santo Padre estaban decididos a quedarse con los tesoros terrenales de la Orden, el oro y la plata, pero el secretismo de la Hermandad giraba en torno a esos objetos más que al oro y la plata. Y había mucho oro..., lo tenía Niall. Pero su único objetivo era proteger el Tesoro real, ese perturbador y poderoso grupo de... cosas. Una copa, simple y quebrada. Una mortaja, con los secretos grabados en la misma tela. Un trono, inquietante y pagano... ¿O no? Un estandarte, precioso y delicado a pesar de la antigüedad, del que se decía que entre sus hilos bordados se escondían extraños poderes. Y un texto antiguo, escrito en una mezcla de hebreo y griego, que hablaba de un secreto y de un poder más allá de cualquier creencia.

—Podría volver —dijo Niall, pensando en el texto. Levantó la mirada de guerrero hacia Valcour—. Felipe y Clemente morirían bajo mi espada y podríamos deshacer esto como si nunca hubiera pasado, y nuestros hermanos vivirían.

—No —dijo Valcour. Su rostro tenía la mirada demacrada y exaltada de quien está más allá del horror y la fatiga—. No podemos arriesgarnos a que nos descubran en nuestro nombre. El secreto sólo se puede usar en nombre de Dios.

—¿Dios existe? —preguntó Niall con amargura—. ¿O vivimos engañados?

La delicada y pálida mano de Valcour acarició su cabeza en un gesto que implicaba una bendición y una restricción. Percibió el ca-

lor que desprendía el musculoso cuerpo del guerrero, porque Niall se había quitado el casco, pero seguía llevando la pesada armadura. ¿Sería eso una fracción de su gran fuerza?, se preguntó Valcour, agotado. El escocés era como el hierro, no se rompía ni se deformaba por muchas dificultades que pasara. El brazo con el que manejaba la espalda era incansable, y su voluntad, férrea. No había mejor guerrero al servicio del Señor que ese formidable escocés por cuyas venas bastardas corría sangre real. No sólo noble, sino real. Esa sangre le había asegurado el acceso a la Orden, puesto que la legitimación era un requisito imprescindible. Sabiamente, el Gran Maestre había decidido que, en este caso, los lazos de sangre pesaban más que las normas.

Y, gracias a esa sangre, Niall estaría protegido. Clemente no podría poner sus avariciosas y sangrientas manos sobre el escocés, porque estaría bien escondido en su patria, entre las escarpadas montañas de las Tierras Altas.

—Creemos —dijo Valcour al final, como sencilla respuesta a la pregunta de Niall—. Y al creer hemos jurado nuestras vidas a la protección. Quedas dispensado de los demás votos, pero debes jurar, sobre la sangre de tus hermanos, que dedicarás tu vida a guardar estas reliquias sagradas.

—Lo juro —respondió Niall muy seco—. Pero por ellos. Por Él, nunca más.

La mirada de Valcour reflejó preocupación. La pérdida de la fe era algo terrible, aunque también habitual en esos tiempos de horror. Más hombres perderían la fe... o la vida. No todos los hermanos se habían mantenidos fieles; algunos habían dado la espalda a la Orden y al Dios al que habían servido fielmente, pero que había permitido que algo tan impío sucediera. Amigos y hermanos habían sido torturados, desmembrados, quemados vivos... Toda la Orden había sido sacudida, y todo por el oro. Era difícil creer en algo más que en la traición y la venganza.

Y, sin embargo, Valcour intentaba mantener una pequeña e interna parte de él pura, para guardar allí sus adoradas creencias porque, sin creencias, no había nada. Si no creía, tenía que admitir que

muchos hombres buenos habían muerto en vano, y no podía aceptarlo, no podía vivir con eso. Por lo tanto, teniendo en cuenta que la alternativa era insoportable, creía. Deseaba que Niall pudiera tener esa tranquilidad, pero el escocés era demasiado intransigente; su corazón de guerrero sólo veía blanco o negro. Había estado en demasiados campos de batalla donde las opciones eran simples: matabas o te mataban. Valcour había luchado por el Señor, pero nunca había sido el soldado que era Niall. El calor de la batalla tendía a aclarar la visión de uno, a reducir la vida a las opciones más sencillas.

La Orden necesitaba a Niall para que cumpliera con su juramento más importante y secreto. La Hermandad estaba llegando a su fin, al menos en esta encarnación, pero su deber secreto continuaría y Niall era el protector elegido.

—Por lo que sea —murmuró Valcour—. Guárdalos muy bien, porque son los auténticos tesoros del Señor. Si cayeran en manos del diablo, la sangre de nuestros hermanos se habría derramado en vano. Que así sea; si no por Él, por ellos.

—Con mi vida —dijo Niall de Escocia.

Diciembre, 1309
Creag Dhu, Escocia

—Desde tu última visita, han llegado tres caballeros más —le murmuró Niall a su hermano mientras estaban los dos sentados frente al chisporroteante fuego de su habitación privada. En la mesa donde habían comido, había una alta y gruesa vela de sebo, cuya llama añadía luz a la que desprendía el fuego. Aparte de eso, la habitación estaba a oscuras y deliciosamente cálida. No había ninguna corriente de aire entre las piedras que congelara el ambiente; las grietas se habían tapado con arcilla y los tapices eran gruesos y pesados. La puerta de la habitación era robusta y estaba atrancada. Sin embargo, los dos hablaban en voz baja y en francés, para evitar que alguien que estuviera escuchando los entendiera. Los criados escoceses no hablaban francés, y aunque la mayor parte de la nobleza sí, en aquella

inexpugnable fortaleza perdida en las Tierras Altas, sólo tenían que preocuparse por los criados y los soldados.

Ambos tenían una copa de vino francés en la mano, y Robert bebió un sorbo, pensativo. Se había sentado en una enorme silla de madera grabada, mientras que Niall había arrastrado un pesado banco y lo había colocado de forma perpendicular al fuego. Robert observó las llamas mientras bebía y, cuando volvió a mirar a su hermano, la vista tardó varios segundos en acostumbrarse a la sombra y, de repente, entendió por qué Niall había colocado así el banco. Incluso aquí, en su propio castillo, y encerrado en su propia habitación con su hermano, sus instintos eran los de un guerrero y se había preocupado de tener una buena visión. Si entraba un enemigo y los sorprendía, nada le impediría verlo.

Aquello provocó que Robert hiciera una mueca. Después de años de batallas con los ingleses, él también había aprendido a estar siempre alerta, especialmente de noche, pero aquí, en ese rincón seguro, se había permitido relajarse. Pero Niall no. Él no se relajaba; estaba permanentemente en guardia.

—¿Alguno de ellos ha buscado otro refugio?

—No. Están aquí porque no hay otro refugio seguro. Pero saben que tienen que marcharse, o, si no, al ser tantos, podrían atraer a Creag Dhu la atención que querían evitar viniendo aquí —la oscura mirada de Niall se clavó fijamente en su hermano—. No te he pedido nada para mí, porque no quiero añadirte más problemas, pero por ellos debo saberlo: ¿harás cumplir la orden de Clemente contra nosotros?

Sorprendido, Robert retrocedió:

—¿Y me lo preguntas tú? —gruñó; se sintió tan ofendido que lo dijo en gaélico, pero la mirada de Niall no se alteró y, al cabo de unos segundos, Robert recuperó la compostura.

—Necesitas la alianza con Francia —dijo Niall, muy calmado—. Si Felipe descubre mi identidad, no se detendrá ante nada para capturarme, incluso unirá sus fuerzas con Eduardo. No puedes arriesgarte a que eso suceda —lo que no dijo era que Escocia necesitaba la alianza; aunque no hacía falta porque su hermano era Escocia, personificaba todos los sueños y esperanzas del país.

Robert respiró hondo.

—Sí —admitió, volviendo a hablar en francés—. Sería un golpe de consecuencias catastróficas. Pero ya he perdido tres hermanos a manos de los ingleses; mi mujer, mis hijas y nuestras hermanas ya llevan tres años cautivas y no sé si volveré a verlas vivas. No pienso perderte también a ti.

—Apenas me conoces.

—Es verdad que no pasamos mucho tiempo juntos, pero te conozco —dijo Robert. Lo conocía y lo quería. Así de sencillo. Ninguno de sus otros hermanos lo habría desafiado por la corona, pero en cuanto Niall fue un chico alto y robusto de diez años, tanto él como su padre supieron que aquel hermanastro ilegítimo tenía madera de rey, que estaba singularmente dotado con la audacia y la inteligencia que caracterizaban a Robert. Por el bien de Escocia, no podían permitirse una lucha interna entre los hermanos y, aunque Niall hubiera demostrado lealtad a su hermano, su personalidad era tan fuerte que la gente igualmente habría acudido a él. Las circunstancias de su nacimiento se habían mantenido en secreto, pero los secretos siempre acababan sabiéndose, como había demostrado el mismo Niall un día al acercarse a Robert abiertamente y preguntarle si era verdad que eran hermanos.

Era habitual que los aspirantes al trono eliminaran problemas liquidando a aquellos que pudieran desafiarlos, pero ni Robert ni su padre, el conde de Carric, se lo habían planteado. Habría sido como apagar una brillante llama que los hubiera dejado a oscuras. Niall ardía con la fuerza de la vida, lleno de alegría y crueldad, y atraía a la gente hacia él como un imán. Siempre había sido el líder de la pandilla y metía a sus compañeros de juegos en líos sin ningún miedo, y luego, igualmente sin miedo, asumía la culpa cuando los descubrían.

A los catorce años, las chicas también empezaron a perseguirlo, con sus ojos brillantes y sus cuerpos gráciles. Su voz ya era grave, tenía los hombros anchos y el pecho henchido. Había demostrado ser extraordinariamente hábil con las armas y la práctica constante con pesadas espadas había reforzado todavía más su cuerpo. Robert dudaba de que hubiera pasado muchas noches solo, porque no sólo lo

perseguían las chicas jóvenes, sino también las mayores, e incluso había alguna casada.

Sin embargo, había cambiado. A Robert no le sorprendía, teniendo en cuenta la traición que se había cernido sobre los templarios. Su magnetismo no había disminuido, pero ahora era mucho más seco, y mantenía los oscuros ojos serios aun cuando los labios sonreían. De pequeño, era un chico muy activo con una energía inagotable, pero ahora era un hombre adulto y su calma era como la del predador que aguarda a su próxima víctima.

Alto y claro, Robert dijo:

—Escocia no se unirá a la persecución de los templarios.

Niall le clavó la mirada, afilada como una espada negra.

—Tienes mi gratitud... y más, si quieres utilizarlo.

Lo que Niall no dijo quedó en el aire de la oscura habitación. La atenta mirada negra no vaciló y Robert arqueó las cejas.

—¿Más? —preguntó, mientras bebía otro sorbo de vino. Tenía curiosidad por qué sería ese «más». Casi no se atrevía a desearlo... Quizá Niall le estaba ofreciendo oro. Más que cualquier otra cosa, Escocia necesitaba oro para financiar la guerra y resistir la dominación inglesa.

—Los templarios son los mejores soldados del mundo. No deben quedarse aquí, pero no veo por qué sus habilidades deberían quedar desaprovechadas.

—Ah —pensativo, Robert se volvió hacia el fuego. Ahora sabía el objetivo de Niall y era tentador. Oro no, pero algo casi tan valioso: entrenamiento y experiencia. Los arrogantes y excomulgados caballeros ya no llevaban las cruces rojas en el pecho, pero, básicamente, seguían siendo lo mismo que antes que el Papa y el rey de Francia conspiraran para destruirlos: los mejores militares del mundo. La interminable guerra con Inglaterra estaba agotando las escasas fuentes de Escocia hasta tal punto que, en ocasiones, habían tenido que luchar incluso con las manos. Por aguerridos que fueran sus soldados, sobre todo los de las Tierras Altas, Robert era consciente de que necesitaban más: más dinero, más armas, más entrenamiento.

—Mézclos entre tus ejércitos —murmuró Niall—. Dales la responsabilidad de entrenar a tus hombres. Consúltalos en términos de estrategia. Utilízalos. A cambio, se convertirán en escoceses. Lucharán hasta la muerte por ti, y por Escocia.

¡Los templarios! Aquella idea era increíble. La sangre de Robert se alteró ante la posibilidad de contar con esos soldados bajo su mando. Sin embargo, ¿qué podía hacer un puñado de hombres, por muy bien entrenados que estuvieran?

—¿Cuántos hay? —preguntó sin convicción—. ¿Cinco?

—Cinco aquí —dijo Niall—. Pero cientos que necesitan refugio.

«Cientos.» Niall le estaba proponiendo convertir Escocia en santuario para los caballeros que habían conseguido escapar y se habían escondido por toda Europa. Si los aprisionaban, tenían la opción de traicionar a sus hermanos o soportar torturas inhumanas antes de arder vivos en la hoguera. Algunos habían colaborado e igualmente los habían matado.

—¿Puedes traerlos aquí?

—Sí —Niall se levantó y se quedó de espaldas al fuego, de modo que sus amplios hombros dibujaban una enorme sombra en el suelo. El pelo negro le llegaba hasta los hombros, y, como los celtas, se había hecho una trenza a ambos lados de la cara. Con la falda escocesa de caza, la camisa blanca y con un cuchillo colgado en el cinturón, parecía el típico habitante de las Tierras Altas. Estaba serio—. Lo que no puedo hacer es unirlos a ellos.

—Lo sé —respondió Robert muy despacio—. Y tampoco te lo pediría. No quiero entrar en detalles, pero sé que corres un peligro mucho mayor que esos a los que quieres ayudar, y no sólo porque seas mi hermano. Sea cual sea la misión que te haya encomendado el Templo, nadie más podría cumplirla. Si alguna vez necesitas mi ayuda, o la de los caballeros que deseas poner a mi servicio, sólo tienes que decirlo.

Niall inclinó la cabeza en un movimiento que implicaba aceptación, pero Robert sabía que ese día no llegaría nunca. Su hermano había levantado una fortaleza aquí, en la parte más remota y salvaje de las Tierras Altas, en las escarpadas montañas del noroeste, y la de-

fendería de cualquier amenaza. Había reunido a su alrededor a una potente fuerza de caballeros y soldados experimentados y había convertido Creag Dhu en un castillo inexpugnable.

Los habitantes de las zonas rurales ya hablaban de él a medida que se iban acercando a Creag Dhu en busca de su protección. Lo llamaban Niall el Negro. Los escoceses solían tildar de negro a cualquiera con algo oscuro, aunque los comentarios sobre Niall decían que el apelativo se refería a su corazón, y no sólo al pelo y los ojos.

Robert, que conocía la ascendencia de Niall, reconocía el parecido entre su hermanastro y su mejor amigo, Jamie Douglas, el infame Douglas el Negro, y la coincidencia de color y apelativo lo incomodaba. La madre de Niall era una Douglas; Jamie y él eran primos carnales. Éste era alto y robusto, aunque no tanto como Niall. Si alguien los viera juntos, ¿se daría cuenta del parecido? ¿Y percibiría también que Niall tenía la fuerza física de los Bruce, así como la casi pecaminosa belleza por la que Nigel, otro hermanastro de Robert, se había hecho famoso? La sangre de los Bruce y los Douglas se había combinado en Niall para crear un hombre de una belleza y una fuerza extraordinarias, el tipo de hombre que pisaba la tierra una vez cada cien años. No pasaba desapercibido. Por su propia seguridad, y por la de la misión que la Orden le había encomendado, nadie debía descubrir jamás que el infame Niall el Negro era el hermanastro del rey de Escocia e hijo bastardo de la encantadora Catriona Douglas, porque el marido de Catriona todavía estaba vivo y no se detendría ante nada para acabar con el fruto de la infidelidad de su mujer.

Niall también era un templario, excomulgado y, por órdenes del Papa, bajo pena de muerte si algún día lo capturaban. Parecía que su existencia era muy precaria.

Sin embargo, sólo un estúpido se atrevería a intentar penetrar en las defensas de Creag Dhu. La Orden había elegido bien a su campeón.

Robert suspiró. No había nada que pudiera hacer por su hermano, excepto respetar su secretismo y ofrecer su reino como santuario para caballeros perseguidos. Poco teniendo en cuenta todo lo que ganaría Escocia con ello.

—Debo marcharme —dijo, antes de vaciar la copa y dejarla a un lado—. Se hace tarde y la encantadora muchacha que te está esperando abajo quizá se impacienta y vaya a buscar la cama de otro.

Niall había ignorado por completo sus votos templarios de pobreza, castidad y obediencia, pero sobre todo el de castidad. Robert se preguntó cómo había aguantado su hermano ocho años sin una mujer porque, a pesar de que él también era hombre, percibía la intensa y ardiente sexualidad de su naturaleza. Si alguna vez había habido un hombre menos indicado para la vida de monje, ése era Niall.

Éste hizo una mueca.

—Quizá —dijo muy despacio, sin atisbo de celos o duda, porque era muy poco probable que Meg hiciera eso; estaba disfrutando de su actual posición de amante favorita, que no única, de Niall.

Robert se rió y dio una palmada en la espalda a su hermano.

—Mientras cabalgue a través de la fría noche, envidiaré tu cabalgata entre cálidos muslos. Que Dios te asista.

La expresión de Niall no cambió, pero Robert percibió una repentina frialdad e, intuitivamente, supo que la había provocado su última frase. Preocupado, apretó la mano que tenía alrededor del hombro de su hermano. A veces, la fe era lo único en que un hombre, de la plebe o de la realeza, podía apoyarse, y Niall había dado la espalda a ese baluarte al tiempo que la Iglesia le había dado la espalda a él.

Sin embargo, no podía decir nada, no podía ofrecerle más apoyo que la promesa que ya le había hecho:

—Tráelos aquí —dijo con calma—. Los acogeré encantado.

Después, Robert Bruce, rey de Escocia, apretó una determinada piedra a la izquierda del fuego y una gran puerta se abrió en la pared. Cogió la antorcha que había dejado en el interior del pasillo y la acercó al fuego hasta que volvió a prender. Salió de Creag Dhu como había entrado: en secreto.

Niall observó cómo la puerta se cerraba y enseguida se difuminaba con el resto de piedras de la pared. Con el rostro impassible, cogió la copa que había utilizado su hermano, limpió el borde y volvió

a llenarla. La suya estaba casi llena; las dejó las dos junto a la mesa, desatrancó la puerta y fue a buscar a Meg. A pesar de su satisfacción por el santuario que Robert había ofrecido para los templarios fugitivos, no estaba de buen humor. La rabia siempre estaba allí, controlada después de dos años, pero nunca reducida. Maldito Clemente, maldito Felipe y, sobre todo, maldito Dios a quien los caballeros habían servido fielmente y que los había abandonado cuando más lo necesitaban. Si tenía que ir al infierno por esa blasfemia, que así fuera, pero Niall ya no creía en el infierno; no creía en nada.

Se desahogaría con el exuberante y dispuesto cuerpo de Meg, envuelto entre sus brazos y sus piernas. Cuanto más brusco era, más le gustaba.

Encontrarla no le supuso ningún esfuerzo; estaba a los pies de la enorme escalinata de piedra y, cuando él apareció, la chica dio un paso adelante con una sonrisa. Niall se detuvo y se quedó allí de pie, esperando. Meg se levantó la falda y subió corriendo las escaleras. La luz de las antorchas intensificaba su sonrojo. Niall se volvió antes de que ella lo alcanzara y se dirigió hacia su habitación. Oyó los rápidos pasos de Meg detrás de él, así como su respiración cada vez más acelerada, por el ejercicio y por la emoción.

Cuando entró en la habitación, ya se había quitado el chal y se estaba desabrochando el corpiño. Niall cerró la puerta y observó cómo se desvestía y le mostraba toda la exuberancia de su cuerpo. La verga de Niall se endureció e irguió hasta tocar la tela de la falda escocesa.

Meg vio las dos copas de vino y sonrió. Él sabía que se lo tomaría como una expresión de lo muy enamorado que estaba de ella, pero prefería que creyera lo que quisiera a que sospechara que, hasta hacía escasos minutos, había estado allí reunido con una visita, el rey de Escocia. Aunque estaba dispuesto a alimentarle el ego con pequeños gestos y encantado de devolverle el placer físico que ella le proporcionaba multiplicado por dos, Meg sólo le interesaba por el alivio que encontraba en su suave y precioso cuerpo.

Desnuda, la joven cogió una copa, bebió un sorbo y mostró su satisfacción al descubrir que se trataba de un vino bueno, y no de

uno de esos amargos y aguados a los que estaba más acostumbrada. La luz del fuego jugueteaba encima de las redondas curvas de sus nalgas, hacía que los pezones parecieran del color del vino y acentuaba las sombras del ombligo y de los oscuros rizos de la entrepierna.

Niall no quería esperar más. Se le acercó, le cogió la copa de la mano y la dejó en la mesa con un golpe tan seco que parte del líquido cayó encima de la madera. Ella gritó sorprendida cuando él la alzó y la depositó encima de la enorme cama, pero el grito se convirtió en risas cuando se colocó encima de ella.

Le separó las piernas con las rodillas.

—¿Ni siquiera vas a quitarte las botas? —preguntó ella, sin dejar de reírse. Se incorporó para desatarle los lazos de la camisa.

Desprendía un olor oscuro y rico, a mujer. Los orificios nasales de Niall se abrieron y absorbieron aquel perfume.

—¿Para qué? —respondió él en un tono razonable—. Las llevo en los pies, no en la verga —la sonrisas se convirtieron en una carcajada. Niall alargó la mano hasta debajo de la falda escocesa, cogió su miembro erecto y lo condujo hasta la húmeda entrepierna de Meg. La penetró, protegiéndose contra un posible embarazo y se estremeció de alivio. La sonrisa de la muchacha se apagó de golpe cuando su cuerpo tuvo que absorber la fuerza de la penetración.

La oscuridad en el interior de Niall se redujo, apartada por el placer. Mientras tuviera a una mujer entre sus brazos podría olvidar la traición y la pesada responsabilidad que habían depositado en él.